



Yasmina Reza nació el 1 de mayo de 1959 en París (Francia) en el seno de una familia judía con ascendencias húngaras e iraníes. Su padre es ingeniero y su madre violinista.

Estudió teatro en la Universidad de París X Nanterre y en la Escuela de Jacques Lecoq. Después de trabajar como actriz en cine y en el teatro, Yasmina debutó como escritora con *Conversaciones Tras Un Entierro* (1987). Este texto y otros, como *La Travesía Del Infierno* (1990) o *El Hombre Del Azar* (1995), convirtieron a la parisina en una de las dramaturgas más importantes de Francia.

Una de sus obras más celebradas es *Arte* (1995), texto con el protagonismo de Sergio, quien adquiere un cuadro moderno que odia su amigo Marcos. Otro amigo común, Iván, intenta poner paz entre ambos.

Otras obras teatrales de Reza son *Tres Versiones De La Vida* (2000), *Una Comedia Española* (2004) o *Un Dios Salvaje* (2007, llevada al cine por Roman Polanski), conflicto entre dos matrimonios que nace en una pelea de niños.

Yasmina, que mezcla el drama con la tragicomedia, la sátira, la autobiografía con influencias de Fedor Dostoievski, F. Scott Fitzgerald, Samuel Beckett o Anton Chejov, también ha escrito novela con títulos como *Hammerklavier* (1997), *Una Desolación* (1999), *Adam Haberberg* (2003) o *En El Trineo De Schopenhauer* (2005).

2017-2018



Otros libros de su bibliografía son *Ninguna Parte* (2005), texto reflexivo de carácter autobiográfico, o *El Alba, La Tarde o La Noche* (2007), ensayo que transcribe las vivencias de la autora durante un año con Nikolas Sarkozy.

Felices Los Felices (2013) y *Babilonia* (2016) son sus últimas novelas publicadas en español. Ha escrito guiones cinematográficos y ha dirigido una película, *Chicas* (2010), que adaptaba *Una Comedia Española* con la participación de Carmen Maura y Emmanuelle Seigner.

Fue pareja del director y guionista Didier Martiny, con quien ha tenido dos hijos.

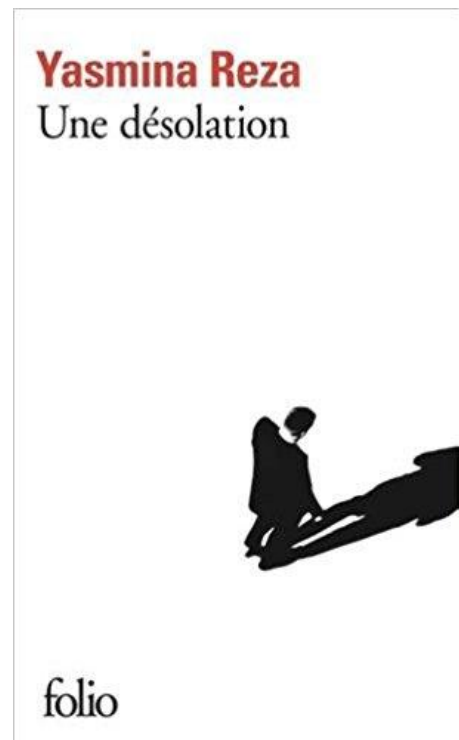
“Una desolación” de Yasmina Reza

Por Antonio de Villena (El Cultural, 2000)

Arte estrenada en Francia en 1994- fue el gran éxito mundial de Yasmina Reza y sigue siendo la única obra suya que, hasta hoy, conoce el lector y sobre todo el espectador español. El hecho de que fuera interpretada por un actor de tanto renombre como Josep María Flotats opacó un tanto - involuntariamente, supongo- a la autora...

Yasmina Reza nació en París en 1959 y es hija de un judío sefardita ruso y de una violinista húngara, también hebrea. Reza se inauguró, como autora de teatro, con *Conversation après un enterrement* (Conversación tras un entierro) en 1987. Siguieron después *L'Homme du hasard* (El Hombre del azar), *Arte* o *La traversée de l'hiver* (La travesía del invierno). En 1995 -mientras comenzaba el éxito mundial de *Arte*- Yasmina Reza publicó su primer libro narrativo, *Hammerklavier*, una serie de cuentos o sketches sobre amigos, hijos y sobre todo la figura del padre, que parece ser importante en su obra. En 1999 apareció el libro que ahora se traduce, la primera novela -o nouvelle- de Yasmina (más dada a las distancias cortas): *Una desolación*.

La crítica inglesa señaló que *Arte* era una middlebrow comedy, lo que puede traducirse como una comedia mesocrática o para público medio, con cierto ribete culto. De algún modo -especialmente en teatro- la garantía del éxito. A mi entender (y sin negar lo anterior) el éxito de *Arte* -y *Una desolación* no queda demasiado lejos- provendría también de su mundo aparentemente cercano y del planteamiento de complejos problemas que -como en la vida- no se resuelven. Se exponen, se dan vueltas (nos retratan) nos obligan a pensar y a sentir, y dejan cualquier resolución al espectador o al lector. Amables obras abiertas, sin duda, aunque signadas por una clara vertiente





Tertulias Literarias

pesimista, asumida sin dramatismo. En una entrevista (refiriéndose a *Arte*) Yasmina dijo: “Es divertida pero también trágica. Después de todo, es la destrucción de una amistad”.

Una desolación (que también se mueve, como dije, en un ludismo trágico) es el monólogo de Samuel, un judío francés jubilado, entregado al hobby de la jardinería -muy aficionado a la música, pero nada a la literatura- que siente la vejez como una inmensa pérdida, pero también como el momento en que el hombre puede ser auténtico, y cantarle las verdades al lucero del alba... De entrada Samuel -que se dirige a su hijo, un hombre joven que busca el equilibrio y la seguridad- parece un cascarrabias, un ser amargado (aunque contento por la terrible libertad que otorga la amargura) que critica a su segunda mujer, Nancy, a su hija -muy fina, casada con un farmacéutico- y hasta el nietecillo Jérôme, crío que no tiene la culpa de nada, pero a quien acaso su abuelo contemple con ruda misericordia, al verlo inserto en la vida, para él una maquinaria compleja y absurda... Por medio está el encuentro con una amiga -vieja, también- Geneviève a la que Samuel invita a cenar recordando amores y amigos (todo parece ya lleno de vaciedad y de rabia, pero también de coraje) y donde critica a los judíos franceses sionistas que -ahora- se compran una casita en la parte nueva de Jerusalén. Samuel no cree en nada, salvo en el horror -atrayente- de la vida misma, y ésta (supone) se está acabando para él: “un hombre en el arrabal del hombre”.



Igual que en su teatro (no sería difícil convertir en teatro *Una desolación*) lo que más llama la atención en la novelita de Yasmina Reza es un lenguaje coloquial, directo -un hombre que habla- dotado de gran poder comunicador y oscilando entre lo más cercano a la clase media (un fuerte coloquialismo burgués) sin desdeñar momentos libres de una reflexión más anárquica, ruptural y pesimista. En un tono para ambos distinto, Yasmina Reza no recuerda a Françoise Sagan -como ella autora de novelas y de teatro- sino al poderoso y terrible Samuel Beckett, que escribió también teatro y narrativa. ¿Podríamos definir a Yasmina Reza como una discípula de Samuel Beckett, tentada o fascinada por el clima de la clase media? Veamos un par de frases de *Una desolación*: “Porque cualquier guerra, por inútil que sea, por mortífera que sea, es superior a la comodidad”. Y más adelante: “Pronuncia unas palabras que trazan una fisura y sabes que no hay ninguna esperanza de reunirse, que el alma vive sola y que no se puede hacer nada por el otro”. ¿Es éste el tono de una comedia mesocrática?

Y sin embargo, la novelita podría también mirarse (saltando frases del estilo de las anteriores) como el punteado recuerdo de una vida relativamente normal: Un hombre que ha trabajado en una empresa, al que le ha ido aceptablemente bien, que ha tenido mujer e hijos (y por supuesto amantes) que ha conocido la emoción del amor o de la pasión y la vacía tragedia de la rutina, que

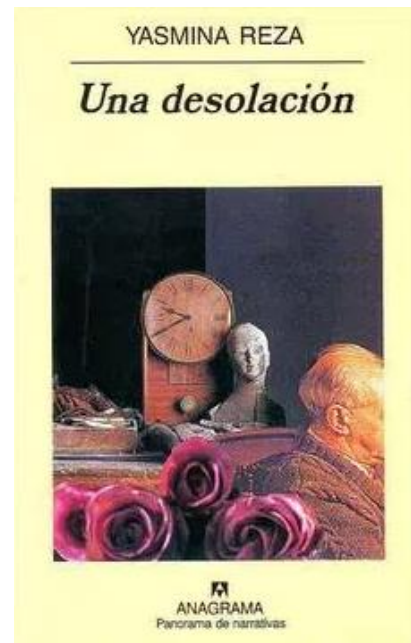


para otros viene a ser lo más sólido de la vida. Al final ese hombre -Samuel- se dedica a la jardinería y a la comprobación de la trampa, esa maquinaria vital de la que no podemos ni sabemos escapar. Vuelve a decirle a su hijo: “Te habría preferido criminal o terrorista antes que militante de la felicidad”. Ahí tenemos una buena frase nietzscheana o existencialista. ¿Qué tiene Samuel contra la felicidad? Sólo que el concepto burgués de felicidad mata (o anula) la desesperación y es ésta, precisamente, la que nos mantiene lúcidos, vivos, con la pasión llena de rabia que es precisa para vivir dentro de la trampa... El maduro Samuel jugaba a morirse delante de los niños. Ahora, año después, borracho en la noche, quiere enseñarle también a su amiga Geneviève cómo se muere. “¿Quiere usted que haga de indio atravesado por una flecha? [...] Voy a mostrarle cómo muero, Geneviève”. ¿Existencialismo de clase media? ¿U otra luz sobre la honda, verdadera realidad? El valor de lo ambiguo.

La voz en fuga

Por Amelia Gamoneda (Revista de Libros, 2002)

No es habitual que una escritora de cuarenta años elija imaginar en su primera novela el monólogo de un hombre de setenta y tres; y no lo es porque parece desperdicio que una mujer no asuma la voz íntima femenina, tan estimada en la literatura de nuestros días. Yasmina Reza se arriesga además, con *Una desolación*, a pasar por atrevida y desdeñosa. Atrevida porque podría sonar a pretenciosa osadía contar la intimidad de una voz que ha recorrido en la vida casi dos veces más trecho que la autora. Desdeñosa porque esta novela no es la respuesta previsible tras el éxito de crítica y público que mundialmente le proporcionó la obra de teatro *Arte*; ese éxito tuvo mucho que ver con una iconoclasta visión sobre el arte que ponía irónicamente en entredicho las teorías más modernas y las posiciones más intelectuales; que ahora *Una desolación* se detenga en una voz que refunfuña y sermonea sobre asuntos de escasa actualidad, deja suponer que Yasmina Reza no aprovecha para servir a su público un segundo plato de la misma celebrada cazuela.



Pero Yasmina Reza es menos atrevida de lo que parece, y desde luego nada desdeñosa del éxito, al que incluso confiesa amar con demasía. En el terreno del atrevimiento, la autora se ha provisto de coartada, y esa arriesgada figura de viejo a la que pone voz, es en realidad un trasunto de figura paterna con anclaje autobiográfico; de hecho, *Hammerklavier* –libro de relatos escrito con anterioridad a *Una desolación*– posee varias piezas que son preludios a la novela: a menudo aparece esa figura del padre, algo excéntrico, gran melómano (como la hija), admirado tanto en sus trapisondas preseniles como en sus patéticos esfuerzos de superación ante la implacable enfermedad. En uno de esos textos aparece incluso un monólogo del personaje, monólogo que será después la osamenta de *Una desolación*, y en él se ensaya una voz irónica y dolorida



reconviniendo al hijo distraído de los valores convencionales y embobado por las bellas artes, la flauta travesera y la quinesiología.

El supuesto desdén del éxito queda también comprometido por el simple hecho de que *Una desolación* es novela con débito y vocación teatral; la dramaturga no abandona verdaderamente el género que le dio notoriedad, sino que lo introduce en la novela, y su texto recita el monólogo de un personaje construido como un «carácter» de obra escénica; este personaje recuerda a los viejos maniáticos que pululan por la obra de Molière, y no le faltan los ingredientes de la farsa (se deleita en escenas de disputa casera, su mujer le pega); pero también posee espesor trágico, pues es hombre que vive la cercanía de la muerte como empequeñecimiento del mundo y de su persona. La pretensión de Reza es hacer creíble un personaje cómico y a la vez dramático que parece condenado de antemano al cajón de los histriones patéticos; su credo defiende que la risa trágica es infinitamente superior a la felicidad beatífica, y es precisamente una risa trágica lo que trata de provocar este libro al presentar a un bufón misántropo que es también héroe existencial a su manera. Samuel, que se vería muy a gusto en un papel de cruzado medieval redimiendo a sangre y fuego mediocres y contemporizadores, reprocha a su hijo que sea feliz («te habría preferido criminal o terrorista antes que militante de la felicidad») porque «no se puede ser amigo de un hombre feliz o que aspira a serlo, no te ríes con un hombre feliz».



El principio del libro parece anunciar un discurso contra la molice y la complacencia de quienes se dicen satisfechos de la vida, un discurso aderezado con ingredientes de enfrentamiento generacional, pero pronto se ve que la novela prefiere centrarse en la exaltación de la risa. Samuel considera la risa como base esencial de la amistad, y ello no sorprende si el lector recuerda que la quiebra de la amistad entre los tres personajes de *Arte* empezaba precisamente con reproches sobre la falta de sentido del humor de unos y otros. *Arte* utilizaba este reproche para montar luego una escalada de disputas que terminaba en pelea, lo cual, naturalmente, producía risa. *Una desolación* también hace reír, y hacer reír es la mejor manera –teórica o práctica– de convencer de las bondades de la risa, algo que ya conocía el texto de *Hammerklavier*, que se abre con el recuerdo de un agrisulce acceso de risa de la narradora frente a su padre moribundo e incapaz de interpretar un adagio al piano.

Una desolación parece plantear una disyuntiva tajante entre felicidad y risa, y el lector se pone a la espera de cierta enjundia teórica que defienda la risa como una metonimia del sufrimiento humano que al tiempo que lo conjura lo manifiesta. Sin embargo, el vejete de la novela se encasquilla en una variedad reducida de frases quejumbrosas con regusto bíblico (es judío, aunque casi le pese) o en clamores de trágico corifeo, y no pasa de afirmar que la risa y el deseo son las únicas armas contra la monotonía y el empequeñecimiento que nos procura la vida; prefiere distraerse en anécdotas dispersas, y ofrecer más agilidad narrativa que hondura de pensamiento, cosa que el



lector no sólo no reprobaba sino que incluso disfruta, pero que le hace entrar en sospecha de que el soliloquio tiene otros objetivos. Como en el caso de *Arte*, que fue comprendida por buena parte del público como una discusión sobre arte actual cuando lo esencial era la propia dinámica teatral de la disputa entre los amigos, ocurre en *Una desolación* que lo llamativo de las afirmaciones de Samuel y de su carácter distraen al lector de los verdaderos logros de la novela, logros que están del lado del tono y de la composición más que del lado de las ideas. Si la novela funciona como novela y no se queda en parlamento teatral, es porque su monólogo engendra sabiamente diálogos y narraciones: entre refunfuño e improprio se cuelan retazos de marea poética y reflujos de voces ajenas.

Samuel es un enamorado de la música, y se entusiasma con el «Arte de la fuga» de Bach, que hace «bailar su alma»; como una fuga suena el texto de esta novela donde se acordaba tema y contrapunto; partiendo de motivos recurrentes –«explícame la palabra feliz», «día tras día el mundo me habrá empequeñecido» «agitar la vida, agitar a Dios»–, el monólogo deriva hacia voces que no le pertenecen y que son vetas de dulzura en la acidez de su discurso: la voz esquiva de la amante de su juventud, la voz cómplice del contemplativo vecino y amigo, la voz risueña y coqueta de una antigua amiga reencontrada, la voz cariñosa del hijo –la más deseada, la que el viejo se atreve finalmente a inventar entre vapores etílicos–. La proliferación de diálogos injertados en el monólogo alcanza fuerza centrífuga suficiente para imaginar esa conversación con el hijo en la que éste responde, en la que cuenta qué significa para él ser feliz, en la que hace inventario de las risas compartidas con el padre; y el movimiento libera también el corazón tierno y desamparado de Samuel, que se ha enmascarado durante cien páginas tras las muecas más grotescas. «Con la gente que quiero –le dice Samuel al hijo– me gusta rozar el precipicio, me gusta el peligro extremo. Me pongo en estado de extrema odiosidad o en estado de extrema fealdad para poner a prueba su afecto.» El señor Ostinato –como este melómano se llama a sí mismo– habla «liberado del paraíso de la moderación», su voz entona un «in-moderato cantabile».

La música está en la trama de esta novela de un modo más tonal que temático, y ello le proporciona una textura de la que carece *Hammerklavier*, libro que, pese a nombrar con su título una sonata de Beethoven, no ejecuta sino un punteado inconexo. Una desolación es, sin embargo, una historia que cuenta el dolor de la palabra solitaria, y que la pone narrativamente en fuga para que acuda otra voz en contrapunto. La fuga decimotercera de Bach, dice Samuel, «cantada y bailada una vida entera, es inexplicablemente portadora de alegría»; claro que, para él, «la alegría es un canto fúnebre»; por eso no extraña que el soliloquio transcurra indeciso entre la risa incontenible y la mueca de la amargura. Por eso (y porque lo teatral contamina fecundamente lo narrativo) *Una desolación* tiene alma de tragicomedia.

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Fontes:

[Revista de Libros](#)

[Una desolación](#)

[AlohaCríticón](#)



Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

[Blog](#)
[Web](#)

2017-2018